

gustan la venenosa lectura de las novelas. Algunas almas se escapan ingresando á piadosas congregaciones, como las Ordenes Terceras, y la Asociacion de las Hijas de María, ambas recomendadas solemnemente por el actual Pontífice en repetidos documentos. Pero para todo esto se necesitan operarios instruidos y celosos. La mortalidad de los sacerdotes es un verdadero castigo; y la escasez de las nuevas vocaciones un azote tremendo. Hay que atizar el fuego de la oracion, y promover el espíritu de reparacion. ¡Dios por su infinita misericordia, se digne remediar tantos males!

CAPÍTULO IV.

Prosigue el mismo asunto.—Palabras de santa Brígida,—de Simon de Cásia,—de Taulero,—del P. Mariana,—del P. Mario,—de san Vicente Ferrer,—de san Ambrosio, de san Pedro Damiano,—de Doña Maria de Escobar,—de Tertuliano y san Agustín.—Célebre pasaje de Isaias.—San Cipriano y el Nacianceno.—San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo comentándolo.

En las Revelaciones de santa Brígida se lee, que prevaleciendo con exceso en la ciudad de Chipre la vanidad de los trajes profanos, dijo el Señor á la Santa: «Esta ciudad es como la de Gomorra, pues arde en el fuego de la lascivia; por eso, si no se enmienda en el pestilencial incendio de sus trajes profanos, que son pro-

vocativos de torpeza, caerán sus edificios y quedará asolada; y su estrago será memorable en muchas regiones del mundo, y su ruina servirá de escarmiento á las naciones. Y así sucedió por no enmendarse, porque los turcos la tomaron y abrasaron, y se llevaron cautivas á mas de dos mil doncellas, y á vista de la ciudad las quemaron en las naves. La misma santa Brígida dice que se le apareció la Reina de los ángeles María santísima, y le dijo: que todas las mujeres profanas y escandalosas en sus trajes, tienen por antigua costumbre el aborrecer y censurar á los ministros de Dios que se aplican á corregirlas y desengañarlas; por lo que, obstinadas corren aprisa por el camino derecho del infierno.

El venerable P. Simon de Cásia, con espíritu profético, lastimándose de la ciudad de Florencia por los trajes y escotados profanos de las mujeres, decia así: «¡Oh Florencia! tus mujeres con sus trajes lascivos son catedráticas y maestras de perdicion á las extrañas y forasteras. El cuello, cerviz, hombros y espaldas desnudas, dan voces de lujuria, y enlazan á los mozos y á la juventud, y á la vejez más dormida la despiertan á lascivia. La torpe desnudez de tus hijas será la causa de tu ruina.» ¡De cuántas de nuestras ciudades pudiéramos hacer igual pronóstico!

Ciento y setenta años antes que entrase en

Alemania la herejía del maldito Lutero, se lo profetizó el iluminado doctor Juan Taulero, como se refiere en su maravillosa vida, donde se dice, que la causa principal de tan horrendos castigos espirituales, fué la torpe desnudez de las mujeres profanas.

Mas de setecientos años fué España oprimida de los moros y sarracenos ; y esto se originó, dice el docto Mariana, por haber visto el rey D. Rodrigo á Florinda hija del Conde D. Julian desde un balcon de su real palacio en un jardin, desabrochado el pecho. Con este motivo se cometió el torpe delito que fué la causa de la perdicion de esa católica Monarquía. Con otro semejante motivo se perdió tambien el rey David, y tuvo que llorar toda su vida.

El P. Mario refiere un caso fatal de una doncella, que estando componiéndose sus adornos profanos á la vista de un espejo, se le aparecieron en el cristal cuatro demonios horrendos, los cuales le apretaban la cabeza, y teniendo sus manos llenas de inmundicia le lavaban la cara y el seno. Viendo esto la jóven profana cayó en tierra como muerta y se levantó tan desengañada, que renunció al mundo y á todas sus vanidades y acabó sus dias con ejemplarísima vida.

El apóstol de Valencia san Vicente Ferrer dice claramente, que algunas mujeres, aun de las que el mundo tiene por castas, limosneras y

abstinentes, se condenan por el profano traje y vanos adornos de su cuerpo.

En el libro *Scala celi* se refiere de una señora virtuosa que pidió á Dios nuestro Señor le manifestase qué cosa era la que más aborrecia en las mujeres. Y dicho esto vió en el infierno una mujer en grandes tormentos que con tristes voces decia: ¡Ay de mí! que fuí casta en mi cuerpo y estoy condenada por los trajes y adornos profanos que tuve en mi persona, con los cuales fuí peor que los demonios del infierno cuyo fuego no abrasa sino á los malos y condenados ; pero yo con mis adornos escandalosos hacia mal á los justos y santos! Esto es lo que más aborrece Dios en las mujeres.

San Ambrosio dice que muchas mujeres gentiles andan mas honestas que algunas cristianas escandalosas. De una refiere que se acuchilló el rostro considerando que muchos hombres habian caido por su hermosura. Ejemplares más heróicos tenemos de las santas mujeres de la Iglesia católica como puede verse en las vidas de santa Coleta, santa Rosa de Lima y otras muchas vírgenes esposas del Señor.

Los ángeles de guarda que tienen los fieles, se indignan contra las mujeres profanas que los divierten y escandalizan, principalmente en los sagrados templos, cuando con sus vanos adornos, velos transparentes y cabezas descubiertas,

inquietan á los fieles en aquel santo lugar. Así lo advierte san Bernardino de Sena.

San Pedro Damiano dice que por culpa de los confesores y predicadores se condenan la mayor parte de las almas; porque no les afean sus vicios ni las desengañan, como deben, en sus torpes profanidades y trajes escandalosos.

A la venerable Madre*Marina de Escobar le dijo el Señor que eran pocos los predicadores y confesores buenos que tenia en su Iglesia que celasen su honra y gloria y el mayor bien de las almas. Y otra vez de uno de éstos le dijo: Como ese confesor fué tan ancho con los que se confesaban con él, lo tengo ahora en parte muy estrecha con grandes penas. El seráfico doctor san Buenaventura dice que es extrema demencia condenar el hombre su alma por no desagradar á las criaturas terrenas.

Algunas mujeres engañadas dicen que usan de sus trajes profanos por complacer á sus maridos. Éstas, escribe Tertuliano, viven engañadas, porque sus maridos no quieren que sean escandalosas ni que sean apetecidas de otros. Además, que primero es Dios que su marido; y primero es su Criador, que su padre terreno, como lo dice San Agustín.

Las vestiduras de la mujer honesta le han de cubrir todo el cuerpo, de tal modo que solo se le descubran las manos y la cara. Así iba vestida la Reina de los ángeles María santísima, y así

tambien se ostenta en su hermosa Imágen de Guadalupe, cuyo vestido está ajustado al cuello con un broche ó pequeño medallon en que se ve pintada la cruz.

Ultimamente prevengo que no les excusa á las mujeres profanas el decir que ellas no quieren apetecer á ningun hombre, porque san Agustín dice que tambien les está prohibido el querer que las apetezcan á ellas. El Señor Todopoderoso las desengañe del todo para ser honestas en lo interior y exterior. Amen.

NOTA.

Ocupando el P. Arbiol dos capitulos de su opúsculo en el asunto de los trajes profanos, se ha mostrado muy parco en los testimonios de los santos Padres que autorizan grandemente su doctrina. Para subsanar esa falta, recordaremos un notabilísimo pasaje de la santa Escritura sobre el particular, y aduciremos algunas palabras de los santos Doctores; trabajo muy fácil, pues no tenemos más que acudir al comentario de Cornelio Alápide sobre el texto de Isaías, y escoger entre los muchos testimonios de los Padres y aun de los filósofos gentiles que allí acopia.

He aquí, pues, el pasaje del capítulo III de Isaías, desde el verso 16. *Y dijo el Señor: Por cuanto se alzaron las hijas de Sion, y anduvieron erguidas de cuello, y guiñando los ojos, y caminaban*

haciendo ruido con los pies, y andaban con pasos afectados. Hará calva el Señor la cabeza de las hijas de Sion, y desnudará sus cabellos. En aquel día arrancará el Señor el atavío de los calzados, y las medias lunas. Y los collares, y los joyeles, y los brazaletes, y los sombrerillos, y las peinetas, y las ligas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos. Y los anillos, y las diademas, y los trajes de fiesta, y las manteletas, y las gasas, y los fistoles, y los espejos, y las blondas, las cintas y los vestidos de verano. Y por el suave olor habrá hediondez, y por los cinturones, cuerdas; y por los bucles, calvicie, y por los corsées, cilicio. En este notable pasaje se vé como el Espíritu Santo ha querido descender á esta nomenclatura de todos esos atavíos femeniles, desde los bonetillos ó turbantes hasta los ruidosos calzados, haciendo estallar su indignacion con tan tremendas amenazas. Por esto, como nota Cornelio Alápide, es ilustre este lugar contra el atavío mujeril y el lujo en los vestidos; pues si entre los judios tanto desagradó al Señor que lo castigó con la ruina de toda la nacion, ¿cuánto más le desagradará y lo castigará en los pueblos cristianos?

Pero veamos algo de lo más señalado que los Padres han dicho acerca de este punto.

San Cipriano, en su libro *De habitu virg.*, precisamente sobre este pasaje de Isaías, dice: «Así como aquellas jóvenes adornadas y compuestas se atrajeron en castigo la fealdad y la torpeza, así las que hoy se visten de púrpura y seda no pueden vestirse de Jesucristo; las que relucen

de oro y perlas y pedrería, es porque han perdido el ornato del ánimo y del corazón.»

San Gregorio Nacianzeno: «El adorno de las mujeres verdaderamente nobles, no consiste en el oro, la púrpura ó los afeites; su ornato y su decoro es la regularidad de sus costumbres, la permanencia en su casa, el conversar con los santos libros, el ocuparse en los quehaceres domésticos, y distribuir sus tareas á sus sirvientes.»

San Ambrosio, citando también el lugar de Isaías, añade: «Por lo cual san Pedro dijo que no anden las mujeres con la cabellera enrizada, ni luciendo plata y oro y vestidos preciosos, sino los ornamentos del hombre interior que el siglo no conoce.» Y en otro lugar dice, «que cuanto la mujer aparece á los hombres más espléndida, tanto más despreciable es á los ojos divinos.»

San Jerónimo compara á las mujeres que se exhiben con copiosos adornos, á los lugares infames, y dice: «El botín adornado y lustroso llama á sí á los jóvenes con su ruido; oprímese fuertemente el seno con corpiños, y angóstase el talle con vernillas; los cabellos descienden sobre la frente, (¡ como en nuestros días!) la blonda cae como queriendo encubrir la blancura de los hombros, pero en realidad para mejor descubrirse y provocar; cúbrese el rostro como por vergüenza, pero es para mostrar lo que mas bien debiera de ocultarse.»

San Agustín observa, que cuanto más se ape-
tecen los atavíos exteriores del cuerpo, tanto ma-

yor detrimento padece el interior, y al contrario.

San Crisóstomo se expresa así con su acostumbrada elocuencia: «Deja el fardo de heno vil que te degrada, que esto y no más son las suntuosas vestiduras, y solicita el ornato de las celestes virtudes. Este es ornato de la Iglesia, aquel lo es de los teatros: éste es digno del cielo, aquel de los caballos y los mulos: aquel de los cuerpos mortales y corruptibles, éste del alma espléndida, habitación de Cristo.»

Tertuliano, sobre todo es enérgico y fuerte en el asunto. En el libro *De habit. mulier.*, interpela á la mujer de esta suerte: «Tú eres, le dice, la puerta del diablo; la cortadora de aquel árbol; la primer desertora de la divina ley; la que al hombre arruinaste; por tu mérito, que es la muerte, aun el Hijo de Dios hubo de morir; y ¡todavía piensas echar adornos sobre la túnica de pieles con que el Señor quiso cubrirte!»

«Mira, mujer, le dice en otra parte, que tu belleza hace perecer al hombre; ¡tú, tú eres la espada que lo atraviesa!» (*De cult. femín.*)

En otro pasaje habla de este modo: «¡Ojalá, y yo miserable, en el gran día del regocijo del cristiano, levantando la cabeza, aunque sea bajo de vuestras plantas, mire si acaso resucitais con aquellas cabezas tan adornadas, y con el albayalde, el vermellon y los afeites!»

San Cipriano hablando con las vírgenes, les dice: «¿Cómo puede una doncella componerse y adornarse para realzar la belleza de sus for-

mas, y gloriarse de la carne, cuando no tiene mayor enemigo que ella, ni otra pelea mas sangrienta?

«Las insignias de vestiduras y atavíos solo son propias de las cortesanas y mujeres de mala vida, y quizá ninguna las ostenta tan preciosas como la que tiene más perdido el pudor y la vergüenza.»

«¡Oh virgen! dice tambien, ¡oh virgen que has vencido á la carne y al mundo; vence tambien al oro y á los vestidos, pues que sirves á Cristo; busca el ornato de las virtudes, no el de las joyas y los trajes.»

Otros muchos selectos pasajes se hallarán en el mismo lugar, y el terrible ejemplo de Pretextata, que refiere san Jerónimo; todo lo cual suministra amplia materia para la predicacion y exhortaciones á las jóvenes cristianas que aun no están contaminadas. Con las otras mundanas de profesion, casi no queda más que hacer que deplorar su ruina.

CAPÍTULO V.

Siguen los engaños de la lascivia. — Malos deseos. — Dificultad de las confesiones. — Delectacion morosa. — Palabras libres. — Chanzas. — Señas. — Lecciones. — Obras manifestas. — Astucias de los penitentes. — Confesores sin ciencia. — El libro del P. Jaen.

Algunos hombres hay tan entregados á la sensualidad que siempre traen el ánimo preparado

para desear á cuantas personas del otro sexo vean. Estos viven en continuo pecado mortal y en estado de condenacion eterna si no se enmiendan ; pues Cristo nuestro Señor dice que el que mira á la mujer para desearla, ya cometi6 pecado con ellas dentro de su corazon. Y estos infelices tienen gran trabajo para su buena confesion ; porque debiendo declarar el estado de las personas que son objeto de sus malos deseos , y el número de veces distintas , se hallan en grande confusion , y los confesores con ellos ; porque no hay duda que deben hacer el exámen que pueden , como consta del sagrado Concilio Tridentino.

El mismo trabajo tienen las mujeres que están en las mismas circunstancias y perversa disposicion de ánimo , pues les obliga el confesar sus pecados al modo dicho , y á delarar el número de veces , poco más ó ménos , el cual se saca por el número de veces que retractaron la voluntad , y volvieron á nuevo consentimiento , ó por interrupcion y cesacion de la misma , y vuelta á la intencion primera. Que en los pecados que consisten en actos externos , el número de éstos corresponden tambien á aquellos.

Los que de propósito se ponen á pensar cosas torpes , aun que no pasen precisamente á desearlas , pecan mortalmente y deben declarar las especies. Esto es lo que se llama delec-

tacion morosa , y cuando hay deliberacion es pecado mortal.

Tambien son pecados mortales aquellos deseos condicionales , de decir : cometeria éste ó aquel delito , si se me ofreciera tal ó cual interés , si estuviera segura de subsanarlo con un futuro enlace , etc. Y esto se note mucho , porque por aqui tienta mucho el diablo , y hace caer á muchos.

Las palabras libres , deshonestas , y aun equívocas , son tambien pecados de su naturaleza mortales , los cuales causan malísimos efectos en las criaturas , y se tienen por donaires y chistes. *Como por risa comete el necio los pecados*, dice el Sábio (*Prov. x, 23*).

El abuso pernicioso que hay en los pueblos grandes y ciudades de hablar por señas ó por los dedos los hombres con las mujeres , aunque sea de léjos , conviene reprenderse mucho , tanto por el mal ejemplo , cuanto por la reprehension de la santa Escritura , que dice : *Tu día nacerá en las tinieblas , cuando dejes de extender tu dedo hallando lo que no conviene* (*Isai. LVIII, 9*). El hablar por señas torpes se reduce á la misma especie de las palabras deshonestas , y por eso dijo Salomon que el hombre torpe y sensual *guña con los ojos , dá con el pié , habla con los dedos y maquina el mal en su corazon depravado* (*Prov. vi, 13*).

Los que dan leccion ó enseñan el mal á otros ,

deben confesarse de ello y del escándalo grave que causaron ; porque tal vez fueron el origen de innumerables pecados, que en aquellas criaturas se siguieron por haberles enseñado el mal que no sabian. Por eso el Señor se lamentó tanto de los que escandalizaban á los párvulos , y les anunció tan horribles castigos como se explican en el santo Evangelio (*Marc. ix, 41*).

En cuanto á los actos externos pertenecientes á esta materia , no hay tantas ignorancias, porque el Apóstol san Pablo dice, que *las obras de la carne son claras y manifestas* (*Gal. v, 19*).

Entre los cónyuges suele haber varios engaños, que nos guardaremos de mencionar, pero que deben aclararse, manifestando con sinceridad la conciencia que siempre avisa, y consultando prudentes directores. La lectura de ciertos libros que pretenden entrar en ciertas explicaciones , dañan mucho más que aprovechan.

Pero hay muchos infelices pecadores, que en estos y otros puntos semejantes, léjos de buscar quien de veras los desengañe , solo corren tras del que fácilmente y sin reparo los absuelve. De éstos se verifica lo que dice el Profeta: que *no quieren entender, por no obrar bien* ; y luego añade que, *andan por no buenos caminos* (*Psalm. xxxv, v. 4 et seq.*).

Es lástima ver que si un celoso confesor niega ó dilata la absolucion al penitente porque no

se aparta de la ocasion próxima voluntaria, ó porque no tiene enmienda ninguna en su mala costumbre , luego aquel mismo penitente se va á otro confesor que le absuelve sin ningun reparo. Esto tiene perdidas á muchas almas. Sin enmendar ni corregir su mala costumbre pecaminosa, buscan quien las absuelva ; y pasan años y mas años viviendo en continuo pecado mortal, y en estado lamentable de condenacion eterna.

De los inconstantes pecadores, que pasan su vida cayendo y levantando, dice san Agustin, que apenas de mil, se salva uno : ¿qué será del que no llega á levantar por lo inútil de sus confesiones?

El que no deja la ocasion próxima de pecar, como el que nunca enmienda sus hábitos inveterados, estén seguros que carecen de propósito verdadero ; y sin éste no puede haber buena confesion , ni el confesor puede absolver, y aunque los absuelva, no quedan absueltos, porque no fué su confesion verdadero sacramento, ni tuvo ningun valor. Esta constante verdad se halla claramente en el Concilio Tridentino (*Sess. 14*).

El absolver fácilmente á tales consuetudinarios, no es verdadera piedad , sino tiranía detestable. «No es acto de piedad, sino impiedad, el tolerar los pecados,» dice san Buenaventura. Así como tampoco lo es, sino injusticia, la que

usan algunos ignorantes confesores , en dar ligerísimas penitencias por gravísimas culpas. San Gregorio dice que los frutos dignos de la penitencia consisten en proporcionar la penitencia con la culpa (*Homil.* 20). Y el santo Concilio Tridentino dice , que el confesor, en este caso, se hace participante de los pecados ajenos , y en cierto modo los fomenta , porque no los reprende , y así los tolera. Véanse sus gravísimas palabras en el capítulo VIII de la sesión 14.

NOTA.

Es de todo punto verídico y exacto lo que asegura el piadoso Autor, respecto á la astucia de los penitentes que buscan al confesor mas laxo para ser absueltos, y de la facilidad de los confesores en absolver cuando no conviene. Algunos penitentes (mejor diríamos, impenitentes), buscan un confesor demasiado anciano, no ciertamente por aprovecharse del magisterio de su experiencia, sino para explotar la falta más ó ménos pronunciada de su oído, ó su falta de atención ó de energía. Otros buscan confesores rápidos, de los que parece marchan en la confesión como en tren expreso, y no hacen sino oír unos cuantos minutos , y absolver como con cierta regularidad mecánica, pero con espantosa irregularidad canónica y moral. Otros acuden á aquellos que por su conducta nada edificante, parece prestan garantía de que

su direccion no ha de ser muy estrecha. Otros, acercándose á largos intervalos á los sacramentos, cuidan mucho de variar constantemente de confesor, á fin de no ser advertidos en la antigüedad, continuacion ó incremento de tales ó cuales hábitos depravados. El penitente se condena á sí mismo con este obrar doloso y engañoso ; pues si para la curacion de las enfermedades del cuerpo busca al médico más perito é ilustrado, y le vá á veces á solicitar á largas distancias, y á costa de cuantiosas expensas, ¿cómo no será un criminal , buscando expreso para la curacion , mucho más complicada, de las enfermedades del alma , mil veces más terribles , un médico inepto, ignorante y poco atento?

Verdad clara es esta ; pero no lo es ménos triste y amarga, el que se encuentren tales médicos de las almas, sin ciencia , sin celo, sin prudencia , y aun casi , iba á decir, sin conciencia , entre los cuales puedan hacer su funesta eleccion los falsos penitentes. La falta de una ciencia verdadera y profunda de la Moral es muy de lamentarse ; y quizá coopere tambien la introduccion de algunas doctrinas que están abriéndose paso, é ingiriéndose poco á poco en los compendios y aun en los textos de enseñanza. Los fieles deben pedir á Dios ardentemente que se digne mandar obreros y proveer á su Iglesia de dignos y laboriosos ministros, que ayuden á contener el torrente asolador de la inmoralidad que se desborda.

Hemos dicho en el texto de este capítulo (y

este dicho es nuestro y no del P. Arbiol), que hay ciertos libros que entran en ciertos detalles que no debian entrar, y cuya lectura, por lo tanto es peligrosa y para muchos ha llegado á ser funesta. Tal es entre otros, el conocidísimo *Tratado de la Confesion* del P. Jaen, en el cual, á la vuelta de muchas sanas doctrinas acerca de las partes y cualidades de la confesion (las que no dejan de adolecer tambien de cierta rigidez), presenta unas instrucciones á manera de exámenes para la confesion, grandemente detalladas, hablando separadamente con los jueces, médicos, cirujanos, y separadamente con los casados, y aun con los sacerdotes! El daño que la curiosidad y la malicia han sacado de esas instrucciones es incalculable, y por eso el tal libro, y otros que presenten los mismos peligros deben alejarse cuanto se pueda, haciendo uso del *Tratado de la Confesion* de Fr. Luis de Granada, ó de otros varios libros modernos en los que el lenguaje está más depurado, y en los que generalmente no se encuentran esos inconvenientes.

CAPÍTULO VI.

Incentivos sensuales de las comedias. — Lo que piensan de ellas los Santos y Doctores. — San Isidoro. — San Agustín. — Tertuliano. — San Juan Crisóstomo. — Teatros y Zarzuelas. — Actores y cantatrices. — Novelas. — Zola. — Novelas religiosas. — Vidas de santos.

El insigne Padre de la Iglesia san Isidoro dice, que los primeros autores de las comedias profanas son los demonios, á los cuales en tiempo de los romanos gentiles, y en ocasion que padecian grandes trabajos, les hablaron sus simulacros, para que aplacasen á sus falsos dioses con esas torpes representaciones, que son fomento de feísimos vicios (*Etymol. lib. XVIII, c. 17*).

San Agustín refiere que cuatrocientos años despues de la fundacion de Roma, enviaron los romanos á los comediantes á la provincia de Hístria, de donde ellos y otros farsantes se llamaron histriones. Y tambien cuenta el Santo, en el cuarto libro de su *Ciudad de Dios*, que el demonio se apareció á Tito Latino, en sueños, diciéndole á este senador romano que volviese á hacer y representar las comedias públicas, con que el pueblo gentil se divertía mucho, y vivía en libertad. Y esta doctrina del enemigo infernal (dice el Santo), siguen muchos malos

cristianos que no buscan sino los placeres del mundo maligno.

San Cipriano, escribiendo á Donato, dice, que la ruina fatal de los pueblos cristianos son las farsas y comedias profanas; porque con ellas se fomentan los vicios y se destierran las buenas costumbres, como nos lo enseña la experiencia. San Juan Crisóstomo persuade con eficacia que no se toleren las comedias y representaciones profanas, porque de ellas, dice el Santo, salen los discursos para fraguar los delitos, que tal vez no se pensaban. De ellas sacan lecciones para no ser castos los mozos, para ser infieles los casados, para perderse las doncellas recatadas, para manchar los matrimonios, y para destruir las casas, honras, haciendas y vidas.

El insigne Tertuliano, en un libro que compuso sobre los espectáculos, dice, que las comedias profanas son la peste de las ciudades y pueblos cristianos; son la cátedra pestilencial donde se enseñan todas las maldades juntas; son el incendio voraz de toda concupiscencia y torpeza. Regularmente cuanto hay en las comedias es torpísimo: las acciones, las palabras, los adornos, los meneos, los cantos, las músicas, las melodías y los melindres lascivos con que hechizan á jóvenes y á ancianos.

San Juan Crisóstomo persuade que las comedias son escuela de los vicios y universidad de iniquidades, donde aprenden las adúlteras sus

traiciones, las doncellas lo malo que no saben, y todos, lo que no les conviene para su honestidad y decencia, ni para la salvacion de sus almas.

Entre las obras del celoso príncipe de la Iglesia é insigne mártir san Cipriano, se halla un libro que llamó *de los Espectáculos*, donde dice fuertes cosas de los farsantes y comediantes, é invectiva fuertemente contra los católicos, que buscan tan infames diversiones, olvidando las admirables que nos refieren las Escrituras, y todas las criaturas del cielo y de la tierra que nos llevan el conocimiento de Dios. Notorio es, dice el Santo, el peligro de la perversion de las almas en tales divertimientos, pues mirando á las criaturas desgraciadas y procaces que en el teatro se presentan, son provocados á multitud de faltas gravísimas.

NOTA.

El piadoso y sencillo Autor, sigue dando á conocer las disposiciones ó reglas que dictó el rey Felipe V, para que pudiesen representarse las comedias. En nuestra época la omnimoda libertad que se ha dado al mal en todas sus manifestaciones, hace que los teatros sean un foco espantoso de sensualidad y corrupcion. La música y el canto que se han añadido á la representacion, son nuevos y terribles incentivos de

las pasiones. La comedia es la perpetua apoteosis del adulterio: éste es el tema fecundísimo que ha explotado, y está explotando todavía: burlar y ridiculizar el matrimonio cristiano, y popularizar el adulterio embelleciéndolo y poetizándolo. En cuanto á las llamadas zarzuelas, son piezas de unos argumentos tan indecentes, tan cínicos y tan malvados, que espanta el ver como gentes que se respetan á sí mismas, y en cuyo corazon queda una chispa de moralidad, y una gota de rubor en su frente, pueden asistir á esos espectáculos infames, y aun llevar á tan indignas escuelas á sus tiernecitas hijas. No sin motivo oímos predicar varias veces al ilustrísimo Sr. Sollano, celosísimo pastor, que no se podía concurrir á dichas zarzuelas sin pecado mortal. Pero es predicar en desierto: el arte de Satanás consiste en dorar con tales apariencias el veneno de la liviandad en nuestro siglo, y el hacerlo tan universal y tan frecuentado, que se necesita de un verdadero heroísmo y de toda la fortaleza de la fe, para resistir á la fascinacion que hoy ejerce el mundo, y para contrariar la corriente impetuosa del comun ejemplo. Ni menor síntoma de corrupcion moral, es el aprecio y la estimacion que hoy se hace de los actores y cantatrices. En vano el Derecho canónico los declara viles, infames é indignos de la comunión; hoy se les pagan cantidades fabulosas, se tiran en los carruajes por brutos humanos, es decir, por hombres depravados que se creen dichosos con servir de mulos y caballos para arrastrar á las diosas... Sí; se les llama *di-*

vas, es decir, diosas, á esas asquerosísimas mujeres que arrastran vergonzosas cadenas de ciudad en ciudad, y que por cantar como un pájaro ó bailar con desenvoltura, tienen más orgullo que el mismo Lucifer, y apenas se dignan abajar una mirada desde el sólo de su enloquecida vanidad hácia los míseros mortales. Repetimos: el crimen honrado con públicas ovaciones; las cantatrices prostituidas pagadas como reinas, y salidas á recibir en apoteosis: los histriones y comediantes condecorados por los gobiernos é idolatrados de las muchedumbres; todo ello es la señal de la profunda decadencia y de la abyecta degradacion de nuestro siglo. Se dice que el rey del siglo es el dinero; añadamos que la reina es la lujuria. Coronada en los teatros, admitida en los salones, cantando en las óperas, accionando como bacante en las zarzuelas, celebrada por los poetas, seguida en tropel por los pueblos, y llevada al apoteosis en las *divas*. ¡Hé ahí la grande obra de Satanás! la rehabilitacion, la entronizacion y el culto de la lujuria en el mundo.

De los libros amatorios nada dice el P. Arbiol, aunque en el epígrafe del capítulo lo anuncia. Añadamos, pues, que la novela corruptora de nuestros dias es la compañera del teatro; ella hace sin ruido en el seno de las familias lo que el teatro hace con estruendo en las multitudes: corrompe, disuelve, envenena: ridiculiza todo lo bueno, todo lo honesto y santo, y ensalza el crimen, lo embellece, lo diviniza. La novela presenta como tipos á las ramerás, á los

ladrones, á lo mas vil, inmundo y asqueroso de la sociedad. En las cloacas y en las tabernas va á buscar sus héroes y sus heroínas. Dumas, Sue, y Víctor Hugo, son tres grandes envenenadores sociales, á quienes el siglo actual levanta estatuas, pero á quienes el futuro les reserva inextinguibles hogueras. Y aun estos maestros de la lujuria dorada y revestida hoy se han quedado atrás, junto á escritores como Zola, que ya no cuidan siquiera de la forma, sino que vomitan de sus corrompidísimas entrañas, libros que solo podrán leerse en los lupanares, y en las más inmundas tabernas. Los libros de ese hombre-demonio, son una de las mayores afrentas del siglo XIX!

Quien quiera, pues, educar cristianamente á sus hijos y preservarlos de todas las depravaciones y corrupciones de la época, cierre la puerta enteramente á esas infames producciones, y persiga sin piedad á la novela. Acostúmbrase hoy relatar bajo esa forma aun los asuntos religiosos, las apariciones de las imágenes, las piadosas tradiciones, hasta las escenas bíblicas, y aun la dolorosa pasión del Redentor. Estos libros tienen altos defensores, y á veces llevan á su frente la aprobacion eclesiástica; no obstante alguna Mitra entre nosotros los ha prohibido. ¿A qué deberán atenerse los católicos? Es cierto que al aprobarse esa clase de escritos, es con el fin de hacer lugar á una literatura menos mal sana y mucho menos peligrosa. Si indefectiblemente han de leerse novelas, infinitamente es mejor que se lean el *Mártir del Gól-*

gota, de Escriche, las novelas bíblicas de Antonio de Padua, las de asuntos religiosos de Bravo y Tudela, ó de Conde Salazar, que no las de Paul de Kock y Jorge Sand, y de Zola. Así se deben (á nuestro humilde juicio) entender las aprobaciones de algunas de esas novelas, como la doctrina moral que permite aconsejar el menor mal al que está invenciblemente decidido á practicar el mayor. Pero á nuestro ver, no quita ese remedio el peligro, antes quizá lo aumenta, mezclando torpemente la verdad con la fábula, y oscureciendo la claridad de los hechos históricos con la niebla de las ficciones romancescas. Mucho mejor remedio nos parece el publicar las vidas de los Santos, con todas las galas del estilo, pero sin detrimento de la exacta verdad histórica. Así se está haciendo en Francia, y las vidas de san Ignacio, san Francisco de Borja y otras varias, en particular la de san Francisco Javier, que ha estado publicando D'Aurignac, pudieran proponerse como un modelo en su género: breves sin ser deficientes, minuciosas sin ser cansadas, revestidas de un encantador estilo que divierte y recrea, dan á amar á sus gloriosos protagonistas, y encienden en deseos de imitar sus virtudes. En Méjico son apenas conocidas, y entre nosotros no tienen séquito sino las novelas religiosas que se leen con avidez, y á las cuales podrian hacerse no obstante muy fuertes cargos. Contra las malas lecturas las buenas; pero las buenas, puras; mezclar el error con la verdad, la ficcion con la

historia, los amores de Herodes, con la Pasión del Redentor, no nos parece un remedio, sino un mal paliativo.

CAPÍTULO VII.

Engaño pernicioso de los que piensan que no castiga Dios tan severamente los pecados de la lujuria.—Castigo de los sentidos.—Impudor de nuestro siglo.—Matrimonio civil.—Castigos de la liviandad.—El Ilmo. Sr. Sollano.—Predicacion sobre el infierno.

Este es un error muy perjudicial y escandaloso: porque es de fe que Dios es tan infinitamente justiciero como misericordioso. Ninguna obra buena se quedará sin premio, y ninguna mala sin castigo. *Nada impune quedará*, canta la Iglesia en la Secuencia de difuntos. En el Apocalipsis hay una regla general de los tormentos de los condenados: *Cuanto se glorificó y estuvo en delicias, tanto dadle de tormentos.* (Apocal. XVIII, 7). Con esta regla verdadera, revelada por Dios, considérese la falsedad de decir, que no castiga Dios tanto los pecados de lascivia como los otros vicios.

San Agustín dice que entre todos los humanos deleites ninguno hay mas vehemente y atractivo como la torpe lujuria (*De Civit. Dei. lib. XIV, cap. 16*); luego, segun esto, y siguiendo las re-

glas del Apocalipsis, como en el infierno se ha de conmensurar el tormento con el deleite, mayor será el tormento de los sensuales que el de los otros pecadores. Dice, además, el Espíritu Santo, que *por lo que cada uno peca, por eso será atormentado* (Sap. XI, 17); luego, siendo los pecados de lujuria, pecados de todo el cuerpo, tambien los tormentos deberán abarcarlo todo entero. Otras muchas pruebas del mismo asunto se hallarán en las divinas Escrituras, para confusion de los que quieren neciamente atenuar la malicia de este vicio. El Sábio dice que *hay tres cosas insaciables: el infierno, la boca de la lujuria y la tierra, y la cuarta que nunca dice basta, y es el fuego* (Prov. XXX, 15 et seq.). Donde se vé que la liviandad se junta con el infierno y se pone en la misma línea.

Conviene, pues, abrir los ojos mientras es tiempo oportuno, y conocer, y confesar, que tanto mayor será el tormento de los torpes y deshonestos en el infierno cuanto mayores fueron sus gustos y deleites en las torpezas. Es innegable que hay grados en la condenacion eterna, pues que el Señor dijo de algunos, en san Lucas, *estos recibirán condenacion mayor* (xx, 47), y tambien hay mayores penas en el infierno para unos que para otros. Teman los sensuales que así como delinquieron con sus cinco sentidos y con todo su cuerpo, así serán abrasados en todo su cuerpo y atormentados en todos sus cin-